

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 5: ARTÍCULO 4 – EL SUFRIMIENTO DE CRISTO



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
- 5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo**
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el Juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

5 LECCIÓN

ARTÍCULO 4: EL SUFRIMIENTO DE CRISTO

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 5:

Estimado oyente, el cuarto artículo del Credo de los Apóstoles confiesa lo siguiente respecto de nuestro Señor Jesucristo: «padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos».

El credo afirma, en primer lugar, que Jesús sufrió. El sufrimiento en este mundo nos confronta con preguntas profundas. A lo largo de los siglos, se ha planteado la pregunta de cómo puede haber tanto sufrimiento en un mundo gobernado por un Dios de infinita omnipotencia y perfecta bondad. Siendo Él omnipotente, debería ser capaz de impedir que seamos sujetos a desastres, enfermedades, sufrimiento y muerte. ¿No debería Dios, en su bondad, oponerse a que sus criaturas sufran tanto como sufren? Y, sin embargo, Dios nos hace sufrir. Tan pronto como se le habla a un incrédulo acerca de Dios, él o ella objetará diciendo: «Si tu Dios es tan bueno y tan poderoso como dices, ¿por qué no hace algo con todo el sufrimiento de este mundo?» Te dirán: «No quiero tener nada que ver con un Dios que permite que las personas sufran».

¿Qué debemos responder a tales personas? En primer lugar, que el sufrimiento tiene una causa. La Biblia postula que el sufrimiento y la muerte son el resultado del pecado. Debido a la desobediencia de nuestros primeros padres, Adán y Eva, un mal espantoso invadió el mundo: a saber, el pecado. Solo cuando tomamos esto en cuenta, podemos explicar la realidad del sufrimiento y de la muerte. Hubo un tiempo cuando no había sufrimiento: todo estaba bien. Leemos en Génesis 1:31: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera». No había sufrimiento en el mundo que Dios había creado. Sin embargo, al haber pecado, el hombre trajo sufrimiento y muerte al mundo.

Después de la caída en pecado, Dios habló a Eva: «Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos» (Génesis 3:16). Y a Adán le dijo: «Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; ... pues polvo eres, y al polvo volverás» (Génesis 3:17 y 19). El sufrimiento y la muerte son el resultado del pecado. Pablo escribe, en Romanos 5:12: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte». Si no fuera por el pecado, la muerte nunca habría tenido principio. El pecado es el vientre de nuestros dolores y sufrimientos. Siempre debemos volver a la caída de Adán y Eva en el paraíso con todas nuestras preguntas. Todo sufrimiento debe remontarse a aquel acto de desobediencia representativa de nuestros primeros padres en el huerto de Edén. Debemos ver el pecado como la causa del sufrimiento y de la muerte. Donde hay pecado, allí debe haber sufrimiento y muerte. Sin tomar esto en cuenta, el sufrimiento es un gran misterio.

Hay, sin embargo, un ejemplo de sufrimiento extraordinario y de una muerte espantosa al cual no se aplica esta verdad. Es el sufrimiento de Jesús. No había pecado en Él. La Escritura habla de Él como «al que no conoció pecado» (2 Corintios 5:21). Era sin pecado, perfecto y puro. Sin embargo, este Jesús perfecto, inmaculado y santo, sufrió. Los hombres lo despreciaron y aborrecieron. Los demonios lo tentaron. Dios lo desamparó. Murió la muerte de un criminal: la muerte dolorosa y maldita de la crucifixión. Es el misterio de todos los misterios: el más profundo y oscuro de todos los caminos de Dios. ¿Cómo pudo un hombre tan perfecto, que nunca conoció ni cometió pecado, sino que siempre amó a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo, sufrir tan intensamente y morir una muerte tan terrible?

La única resolución correcta de este misterio se articula en la doctrina bíblica de la expiación, asegurada por la fianza y sustitución de Cristo. En 2 Corintios 5:21, leemos: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». Jesús sufrió. Él es llamado el varón de dolores. Isaías habla del Mesías como «varón de dolores, experimentado en quebranto» (Isaías 53:3). Jesús sufrió físicamente. Pasó hambre y sed, fatiga y dolor. Le escupieron y le humillaron. Fue azotado y golpeado, y murió una muerte sumamente dolorosa por medio de la crucifixión.

Sin embargo, Jesús sufrió primordialmente en su alma. Fue burlado, calumniado, escarnecido, negado, traicionado y ultrajado. Sufrió por las tentaciones de Satanás, la negación de Pedro, la traición de Judas y el rechazo de su propio pueblo. Sufrió a causa de la santa ira de Dios provocada por el pecado. En el huerto de Getsemaní, estaba tan angustiado e inquieto por la copa que tenía que beber, que su sudor se volvió como grandes gotas de sangre que caían a tierra, y declaró: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte» (Mateo 26:38). Él sabía lo que le esperaba. Jesús sintió y llevó la terrible ira de Dios contra el pecado. Sufrió siendo desamparado por Dios en la cruz. Exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46).

¿Y por qué fue sujeto a tal sufrimiento? Fue porque Él tomó sobre sí los pecados de su pueblo. En el Salmo 40, oímos al Mesías decir: «Sacrificio y ofrenda no te agrada; ... Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí» (Salmo 40:6–7). Cuando el Hijo del Hombre vio que todos los sacrificios no podían quitar el pecado ni salvar a los escogidos de la justa venganza de Dios, se declaró dispuesto a convertirse en su sustituto. Así tuvo que soportar la ira de Dios contra el pecado en lugar de ellos.

Pedro testifica: «Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 Pedro 3:18). El sufrimiento de Jesús fue vicario. Él sufrió como Fiador y Mediador de su pueblo. De esto habló Isaías, diciendo: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5). Su intenso sufrimiento no se debió a sus pecados personales, sino, más bien, a nuestros pecados y delitos. Fue herido, no por sus transgresiones, sino por nuestras transgresiones. Fue molido, no por sus iniquidades, sino por nuestras iniquidades. Soportó nuestro castigo. Tomó sobre sí la maldición de la ley que nosotros habíamos quebrantado.

Esto nos muestra el asombroso amor de Cristo, del cual el apóstol dice: «Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:7-8). Y como el buen Pastor, dio su vida por sus ovejas (Juan 10:11). La doctrina de la sustitución puede ser despreciada por los impíos. Los pecadores soberbios pueden decir: «No es necesario que otro muera por mis pecados». Sin embargo, es el mayor asombro del pecador que se arrepiente y cree contemplar a Jesús muriendo por sus pecados. Miran con maravilla y dicen: «Él tomó mi lugar. Él llevó mis pecados y soportó mi castigo».

El Credo de los Apóstoles dice: «padeció bajo el poder de Poncio Pilato». De los muchos nombres olvidados, el nombre de Poncio Pilato será siempre recordado como perteneciente al hombre responsable de la crucifixión de Jesús. Sin embargo, Jesús no solo padeció bajo Poncio Pilato. Toda su vida fue una vida de sufrimiento. ¿Por qué, entonces, el Credo de los Apóstoles confina sus sufrimientos a lo que ocurrió bajo Poncio Pilato? Cuando el Credo de los Apóstoles confiesa que Jesús padeció bajo el poder de Poncio Pilato, el credo no quiere decir que Jesús solo sufrió cuando fue humillado, azotado y condenado por Pilato, el gobernador romano. Sencillamente está diciendo que el sufrimiento o la pasión de Jesús ocurrió bajo la jurisdicción de Poncio Pilato.

Esta designación es consistente con lo que se registra en relatos antiguos de martirio. Podemos leer allí que un mártir sufrió bajo el César romano Domiciano, y otro bajo Juliano o Nerón, etc. El Credo de los Apóstoles se alinea con tal lenguaje al decir: «que padeció bajo el poder de Poncio Pilato». Jesús tuvo su pasión bajo la jurisdicción de Poncio Pilato.

El sufrimiento y la muerte de Jesús en la cruz están, por tanto, vinculados a la historia. Se confiesa como un hecho histórico que Jesús padeció bajo la jurisdicción del gobernador Poncio Pilato. Así, el sufrimiento y la crucifixión de Jesús no son solo una historia. El nombre de Poncio Pilato lo hace real y factual. Además, nos enseña que un juez legítimo fue instrumental en la pasión, sufrimiento y muerte de Jesús. Jesús no fue asesinado mediante apedreamiento en un motín popular. No fue lanzado desde una roca escarpada a un profundo barranco, como querían hacer con Él los de Nazaret. Tampoco fue, como Juan el Bautista, decapitado en la soledad de una prisión. Jesús fue sentenciado a muerte por crucifixión, en un juicio público, y ejecutado por un juez legalmente constituido. Dios gobernó los acontecimientos de tal manera que Jesús fue condenado judicialmente. Pilato, el juez, afirmó judicialmente que Jesús era inocente, y declaró: «Ningún delito hallo en este hombre» (Lucas 23:4). No obstante, sentenció a Jesús, siendo inocente, a ser ejecutado por crucifixión.

Jesús sufrió como el cordero inocente de Dios. Al hacerlo, hizo que el juicio de Dios no se ejecutara sobre su rebaño, sino sobre Él mismo, el buen Pastor del rebaño. Llevó la maldición

de los pecadores, malditos por la ley, a fin de ser el Salvador de los malditos. Hay seguridad en la muerte expiatoria de Jesús. Cristo ha hecho una expiación completa. Por lo tanto, la ira no puede caer sobre el pecador penitente y tembloroso que busca refugio en la cruz. Dios no exigirá doble pago: primero del Salvador sufriente, y luego otra vez del pecador que se ampara en la justicia de Cristo. Ese es el bendito evangelio de pecadores salvados por medio de la sustitución. La deuda está pagada y la maldición ha sido quitada. Romanos 8:1 nos asegura: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús».

El Credo de los Apóstoles confiesa que Jesús fue crucificado. El pueblo había gritado: «¿Crucifícale, crucifícale!» (Lucas 23:21), y Poncio Pilato cedió a las demandas del pueblo y condenó a Jesús a ser crucificado. La crucifixión era una de las formas más agonizantes de morir. Era una muerte tan horrible que el gobierno romano prohibía la crucifixión de un ciudadano romano. Sin embargo, Jesús fue sujeto a la muerte dolorosa, penosa y espantosa de la crucifixión.

El día de Pentecostés, Pedro declaró que este acontecimiento no sucedió por casualidad. Vinculó la muerte de Jesús al consejo eterno y a la presciencia de Dios, diciendo: «A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole» (Hechos 2:23). Se había determinado en el consejo de Dios que Jesús moriría en la cruz. Lo que llevó a Jesús a la cruz, en última instancia, no fue Poncio Pilato ni el Sanedrín, sino el amor y el propósito de Dios.

Los habitantes de Nazaret querían arrojar a Jesús por el despeñadero, los judíos airados querían apedrearlo, y el Sanedrín quería matarlo en secreto. Sin embargo, todos estos intentos de quitar la vida de Jesús fracasaron, porque Dios había determinado que Jesús moriría una muerte específica: tenía que morir en la cruz. Tenía que morir una muerte maldita. La muerte en la cruz era maldita por Dios. La ley de Dios dice, en Deuteronomio 21:23: «porque maldito por Dios es el colgado». Por lo tanto, el cuerpo del crucificado debía bajarse de la cruz y ser sepultado antes de la puesta del sol. De otra manera, la maldición que reposaba sobre el crucificado ahora reposaría sobre toda la nación.

Jesús murió una muerte maldita por Dios, para quitar la maldición que reposa sobre nosotros. La maldición de Dios reposa sobre todos nosotros. Quien viola la ley de Dios se sujeta por ello a la maldición de la ley, pues está escrito: «Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas» (Gálatas 3:10). Sin embargo, dado que Jesús murió la muerte maldita en la cruz, el apóstol pudo escribir: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)» (Gálatas 3:13).

Jesús, y a este crucificado, constituye, por lo tanto, ahora el corazón del evangelio. El apóstol escribe: «pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios» (1 Corintios 1:23). El único y exclusivo remedio del mundo es la cruz.

El Credo de los Apóstoles afirma que Jesús murió. ¿Por qué murió? Él nunca conoció ni cometió pecado. ¿Cómo puede haber muerte en ausencia de pecado? ¿No es la muerte el castigo por el pecado? ¿No dice la Biblia: «Porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23)? ¿Cómo fue posible que el Jesús sin pecado muriera? Jesús no murió por pecado personal, sino por los pecados de su pueblo. Murió la muerte de un fiador. Para ser el Salvador de su pueblo, no solo tenía que sufrir y ser crucificado, sino que también tenía que morir como pena por el pecado.

Dios había dicho a Adán y Eva: «De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:16-17). El magnífico y frondoso huerto del Edén era el hogar y dominio de Adán y Eva. Se les permitió comer de todos los árboles y disfrutar de sus frutos, excepto de un árbol: el árbol de la ciencia del bien y del mal. Por medio de ese árbol, Dios les enseñó que estaban subordinados a Él, y que Él determinaría lo que es bueno y lo que es malo. Inherente a su Deidad está el hecho de que Él determina lo que es bueno y lo que es malo. Adán y Eva estaban obligados a reconocer al Señor como el Dios a quien estaban subordinados. Sin embargo, Adán y Eva desobedecieron a Dios. Cedieron a la tentación del diablo y comieron del árbol prohibido.

El diablo les había dicho que, al comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, serían como Dios. Les dijo: «Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Génesis 3:5). El hombre entonces comió del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal para llegar a ser como Dios. Sin embargo, en lugar de llegar a ser como Dios, Adán y Eva fueron llenos de ansiedad y temor, y se escondieron de Dios. Perdieron su inocencia y su paz interior. Supieron que habían sido engañados por el diablo.

La muerte entró en el mundo a causa de este pecado, como se declara en Romanos 5:12: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte». Por muy enfáticamente que muchos afirmen que la muerte es un componente esencial de la vida humana y debe aceptarse como un hecho natural, la Escritura contradice esta visión. Nos enseña que la muerte es el castigo de Dios por el pecado. Por eso Jesús, para redimir a su pueblo de la muerte, tuvo que morir por ellos, a fin de «que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (Hebreos 2:9). Por la muerte de Jesús, se le dio muerte a la muerte y fue despojada de su poder.

La muerte de Jesús fue más que la muerte de un hombre bueno. Fue la muerte del Hijo de Dios, quien había asumido nuestra naturaleza humana. Fue la muerte del Dios-hombre, el Mediador, Jesucristo: el sustituto de su pueblo. Su muerte no fue un azar del destino que Él padeció: su muerte fue un acto premeditado. No le quitaron la vida; Él la entregó. Dijo: «Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Juan 10:18). La muerte de Jesús fue mucho más que la muerte de un mártir. La muerte de Jesús fue un sacrificio por el pecado. Él, como Fiador y Salvador de su pueblo escogido, llevó el castigo que había sido amenazado en respuesta al pecado. Entregó su alma y su vida como ofrenda por el pecado, para que de esta manera, en nuestro lugar, conquistara a la muerte y ganara la vida: «porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (Hebreos 10:14).

El sacrificio de Jesús tuvo tal poder reconciliador, porque fue el sacrificio de una vida santa y perfecta, una vida consagrada a Dios y al prójimo. Este sacrificio de obediencia perfecta a la ley de Dios satisfizo las demandas de la justicia de Dios. Dios fue reconciliado por la muerte de Jesús. En Romanos 5:10, dice el apóstol: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo». La muerte de Jesús ha despojado a la muerte de su poder. Se le dio muerte a la muerte por su muerte. La muerte expiatoria de Cristo ha quitado el aguijón de la muerte. La muerte perdió su aguijón cuando Jesús pagó la pena de nuestros pecados y dio su vida como rescate por el pecado. Su sangre llevó la maldición lejos. El rey de los terrores ha sido desarmado. Para los verdaderos creyentes, la muerte ya no es un enemigo espantoso. Jesús ha

hecho de la muerte una puerta hacia la vida eterna. Ahora el apóstol puede decir: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1:21).

El Credo de los Apóstoles dice que Jesús no solo murió, sino también que fue sepultado. Dios se encargó de que Jesús fuera sepultado. El rico José de Arimatea había preparado su tumba. Así se cumplió la profecía: «Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte» (Isaías 53:9). Jesucristo murió y fue sepultado. Su cuerpo fue puesto en la tumba. La tumba es el lugar de los muertos. La muerte de uno queda afirmada concluyentemente al ser sepultado. La sepultura de Jesús es la evidencia de que verdaderamente había muerto. Por lo tanto, no es verdad lo que afirma la sura 4 del Corán, que Jesús no murió, sino que fue llevado al cielo por Alá. Jesús sí murió, porque fue sepultado. La iglesia cristiana abraza el testimonio del apóstol Pablo, «que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; y que fue sepultado ... conforme a las Escrituras» (1 Corintios 15:3-4). Jesús vivió la vida de sus hermanos —de todos los creyentes— de principio a fin. Vivió la vida en el pleno sentido de la palabra: nació, murió y fue sepultado.

La sepultura de Cristo es fuente de consuelo para los hijos de Dios. Despojó a la tumba fría y oscura de su terror. La tumba es ahora, para el cristiano, conforme a la palabra del ángel en la mañana de Pascua, «el lugar donde fue puesto el Señor» (Mateo 28:6). Jesús quitó el terror de la tumba, la llenó de luz. La tumba ha perdido así su oscuridad. Ha sido santificada y se ha convertido en un lugar de descanso para los cuerpos de los creyentes, donde sus cuerpos reposarán hasta el día de la resurrección. El Señor dijo a Daniel: «Y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días» (Daniel 12:13).

El Credo de los Apóstoles también confiesa que Jesús «descendió a los infiernos». ¿Qué entendemos que significa esto? Hay diferentes opiniones sobre esta afirmación confesional. La Iglesia Católica Romana quiere utilizar esta afirmación confesional como prueba de su doctrina del purgatorio, postulando que Jesús descendió al purgatorio para redimir a los creyentes de él. Martín Lutero quiso tomarla literalmente y creyó que significaba que Jesús había descendido al infierno para proclamar al diablo y a los condenados su victoria sobre el diablo y la muerte. Juan Calvino juzgó que «descendió a los infiernos» significa que Jesús, durante su vida, sufrió lo que merecemos sufrir en el infierno. Él ubicó este acontecimiento antes de la muerte de Jesús. Sin embargo, el orden cronológico en que el Credo de los Apóstoles enumera estos acontecimientos marca el descenso al infierno como un hecho que ocurrió después de que Jesús fue sepultado.

El Credo dice: «fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos». Esto plantea la pregunta: ¿Qué le pasó a Jesús entre el viernes santo y la mañana del domingo? ¿Dónde residió Jesús? Su alma estaba en las manos de Dios el Padre, porque Jesús, al morir, había encomendado su alma en las seguras manos de su Padre. En Lucas 23:46, leemos que «clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Su cuerpo fue sepultado y permaneció en la tumba hasta la mañana de la resurrección. ¿Cómo, entonces, hemos de pensar del «descenso al infierno» como algo que ocurrió después de su muerte?

La palabra «infierno», tal como se usa en el Credo de los Apóstoles, es la palabra griega ᾗδης (hadēs), que se refiere a la morada de los muertos. El Hades no es el lugar de castigo eterno, sino la tumba. «Los muertos» aquí se refiere a cuerpos sin su alma. Es el estado de separación entre cuerpo y alma, también denominado el estado intermedio. El día de la resurrección final, alma y cuerpo serán reunidos. De ahí la designación de este estado como estado intermedio.

Jesús pasó tres días y noches en el Hades, esto es, en la tumba, entre los muertos. En la tumba, el cuerpo de Jesús no vio descomposición. Había sido profetizado, respecto del Mesías, que aunque residiría en la tumba, no experimentaría la desintegración de su cuerpo. El Mesías dice proféticamente, en el Salmo 16:10: «Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción». Pedro cita esta profecía el día de Pentecostés, y la aplica a la resurrección de Jesús de entre los muertos, y predicó al pueblo que Jesús había vuelto a la vida desde el Hades, la tumba, el reino de los muertos, la morada de los cuerpos muertos, y que su cuerpo no se había corrompido durante los días entre el viernes santo y el domingo de Pascua. Pedro predicó el día de Pentecostés que, en la sepultura de Jesús, se habían cumplido las palabras de David concernientes al Mesías: «Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción». Este es el significado bíblico de «descendió a los infiernos».

«Jesús sufrió, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos». Estas palabras son todo el evangelio en resumen. Jesús emprendió todo esto como Fiador y Salvador de su iglesia, los escogidos de Dios. El consuelo personal de esta verdad es saber que Él ha hecho todo eso por mí. El verdadero creyente puede decir: «Jesús hizo todo esto en mi lugar. Sufrió por mí, fue crucificado por mí, murió por mí, fue sepultado y descendió a la tumba por mí, ¡para que yo, pecador, tenga vida eterna!» Jamás perecerán los que han puesto su confianza en Él. El pueblo de Dios puede cantar:

Canto la gloriosa muerte de mi Salvador;
Él venció cuando cayó.
«¡Consumado es!», dijo su aliento agonizante,
Y sacudió las puertas del infierno.

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el quinto artículo del Credo, en el cual confesamos: «Al tercer día resucitó de entre los muertos».